

bre de monopolizadores. La acusacion de este crimen era una sentencia de muerte contra el infeliz de quien con razon ó sin ella se sospechaba haberlo cometido. El temor de verse acusado como autor del hambre que sufría el pueblo paralizaba todas las especulaciones comerciales, y contribuía mucho más que una penuria real á la escasez de granos que se advertía en los mercados. Desde el momento en que se oculta un género, éste se hace raro. Los almacenes de trigo eran un crimen, en el concepto de los consumidores de pan. El alcalde de Etampes, Símoneau, hombre íntegro y magistrado intrépido, fué víctima de las sospechas del pueblo. Etampes era uno de los grandes mercados de donde se proveía Paris. Era, por consiguiente, muy importante conservar allí la libertad de comercio y la afluencia de las harinas. Un grupo compuesto de hombres y mujeres de los pueblos inmediatos, reunido al toque de rebato, marchó sobre el pueblo un día de mercado, precedido de tambores y armado con fusiles y con instrumentos de labranza, para tasar los granos, tomárselos á viva fuerza á los propietarios, partírselos y exterminar, segun ellos decian, á los monopolizadores, entre los cuales señalaban á Símoneau. La guardia nacional se escondía cuando sucedían lances parecidos al que vamos á describir. Cien hombres del regimiento de caballería número 18 destacados en Etampes era la única fuerza de que el alcalde podía disponer. El oficial que los mandaba respondía de sus soldados como *de sí mismo*. Despues de haber hablado mucho con los sediciosos para atraerlos á la razon, viendo Símoneau que este medio no era suficiente, subió á la casa de ayuntamiento, mandó desplegar la bandera encarnada, proclamó la ley marcial y marchó contra los sublevados rodeado de los concejales y seguido de la tropa. Al llegar á la plaza, la turba le rodeó y se interpuso entre él y el destacamento. Los soldados abandonaron al alcalde, y ni siquiera desenvainaron sus sables para defenderle. En vano les intimó en nombre de la ley y en el del honor militar que socorriesen á un magistrado contra sus asesinos; en vano cogía la brida de uno de los caballos que se hallaban más cerca de él, gritando al mismo tiempo: *¡A mí, amigos míos!* Cubierto de heridas causadas por los muchos palos y culatazos que le dieron, cayó casi exánime, teniendo todavía agarradas las riendas del caballo en que iba el cobarde jinete cuyo auxilio imploraba. Este, para poder desasirse del alcalde, le cortó el brazo de un sablazo y le dejó expuesto á los insultos del pueblo. ¡Símoneau habia espirado! Dueños los malvados del cadáver, se encarnizaron en sus restos palpitantes aún y discutieron sobre si debían cortarle la cabeza ó no. Los jefes de los amotinados hicieron desfilar entónces aquella horda sanguinaria por encima del cuerpo del alcalde, empapando sus piés en aquella sangre. Despues salieron de la ciudad batiendo marcha, y fueron á embriagarse, á pasar la noche en las tabernas de los arrabales. La tasacion de los granos, motivo aparente de aquella sedicion, fué olvidada con la embriaguez del triunfo. No hubo saqueo, bien porque la sed de sangre satisfecha hiciese olvidar al pueblo el hambre, bien porque semejante hambre no fuese sino un pretexto para cometer asesinatos.

II

Miéntas todo se venía abajo cerca y léjos del trono, un hombre célebre por la gran parte que se le atribuía en la ruina general trató de reconciliarse con el rey. Este era Luis Felipe José, duque de Orleans, primer príncipe de la sangre. No me



EL DUQUE DE ORLEANS

(Felipe Igualdad).

atrevo á juzgar á este príncipe, ante el cual se ha detenido la historia hasta aquí, sin atreverse á designar el lugar que le corresponde en todos estos sucesos. Enigma para sí mismo, ha continuado siendo un enigma para la posteridad. El verdadero móvil de este enigma, ¿fué la ambicion ó el patriotismo? ¿Fué debilidad ó el espíritu de sedicion? Los hechos lo dirán.

La opinion pública tiene sus preocupaciones. Asombrada por la inmensidad de la obra que lleva á cabo, aturdida por decirlo así con la rapidez del movimiento que arrastra tras sí todas las cosas, no puede creer que un conjunto de causas naturales, combinadas por la Providencia con el advenimiento de ciertas ideas que se apoderan del espíritu humano y auxiliadas por la coincidencia de las épocas, pueda producir por sí solo conmociones tan terribles. Ella busca en las causas sobrenaturales, y hasta llega á achacar á la fatalidad unos sucesos que no puede comprender; se complace en imaginar que hay en todo esto una causa oculta que obra misteriosamente, y que tiene poder suficiente para hacer surgir, de un sitio ignorado de todos, los hombres y los acontecimientos. En una palabra, ella toma toda revolucion por una conjuracion, y si se encuentra en el principio ó en el medio de las grandes crisis con un hombre importante á cuyos intereses particulares pueda atribuirse una gran influencia en aquellos sucesos, no titubea en suponerle autor de todos ellos, ni en atribuirle la parte principal en el nuevo cambio que se verifica, así como tambien toda la grandeza ó pequeñez de la idea que trata de ponerse en planta; de suerte que, dichoso ó desgraciado, inocente ó culpable, ó le cubre de gloria, ó carga sobre él toda la responsabilidad de los hechos, cubriendo de oprobio su nombre y su memoria. Tal fué por espacio de cincuenta años la suerte del duque de Orleans.

Es una tradicion histórica en los pueblos desde la más remota antigüedad que el trono desgasta las razas reales, y que mientras las ramas primogénitas se enervan con la posesion del imperio, las que les siguen se fortifican y engrandecen por la ambicion que tienen de elevarse, y porque, más inmediatas al pueblo, respiran un aire ménos corrompido que el de las cortes. Así, en tanto que el derecho da el poder á los primogénitos, los pueblos conceden la popularidad á los hijos segundos de los reyes.

Este fenómeno de una familia más fuerte y más popular que la reinante, creciendo al lado del trono y afectando á la vista de la nacion una rivalidad peligrosa con aquél, se verificaba desde la muerte de Luis XIV en la casa de Orleans. Si esta situacion equívoca daba á los príncipes de esta familia algunas virtudes, dábales tambien vicios tan grandes como aquéllas. Más inteligentes y más ambiciosos que los hijos del rey, eran tambien más activos. La sujecion misma en que les tenia la política de la casa reinante condenaba su pensamiento ó su valor á la inaccion, y les forzaba á gastar en los desórdenes ó en la molicie las facultades naturales y los inmensos bienes de los cuales no les era permitido hacer otro uso. Demasiado grandes para ciudadanos, y demasiado peligrosos para colocarlos á la cabeza de los ejércitos ó de los negocios del Estado, no hallaban un puesto que les conviniese ni en el pueblo ni en la corte; así es que trataban de conquistarlo en la opinion del pueblo.

El regente, hombre superior, degradado por lo subalterno de su papel y por lo mucho que éste duró, habia sido el ejemplo más palpable de las virtudes y vicios

de la sangre de Orleans. Habia perdido el mando del ejército de Italia por el desastre de Turin, cuya falta, sin embargo, no debia recaer sobre él. Más tarde habia sido llamado de España por haber intentado, favorecido por sus victorias, suplantarlo allí á Felipe V. Despues del regente, algunos de aquellos príncipes, dotados como él de un valor y de un talento naturales, habian intentado la gloria de las grandes acciones de sus primeros años. Antes de tiempo habian vuelto á sumergirse en la oscuridad, y se habian entregado sin freno á todos los placeres, ó por el contrario, se habian dedicado únicamente á ejercicios piadosos. Pero en cuanto habia brillado por cualquier motivo el nombre de alguno de los Orleans, se habia tenido cuidado de condenarle á la oscuridad. Estos príncipes debian necesariamente transmitirse con sus tradiciones de familia la impaciencia por que se verificase un cambio en el gobierno, que les permitiese ser verdaderamente grandes.

Luis Felipe José, duque de Orleans, habia nacido precisamente en una época en que su rango, su fortuna y su carácter debian arrojarle en medio de la corriente de las nuevas ideas, que sus pasiones de familia le mandaban favorecer, y una vez arrastrado por ella, le era imposible detenerse ya en otra parte que no fuese el trono ó el cadalso. Este príncipe tenia veinte años cuando se presentaron los primeros síntomas de la revolucion. Era robusto, como lo son los de su raza. Su estatura esbelta, su actitud firme, su rostro risueño, su mirada brillante, sus miembros muy flexibles por haberse dedicado desde muy niño á ejercitar las fuerzas corporales y manejar con destreza un caballo, ejercicio que es el pedestal de los príncipes. Familiar en su trato, aunque sin bajeza, de elocucion fácil, valiente, liberal hasta la prodigalidad para alentar las artes, esta especie de disipacion, que no era sino el lujo de la edad, le designaba ya desde muy jóven á ser el ídolo del pueblo. Su favor le embriagaba, y fué extinguiendo poco á poco su buen sentido natural. El amor del pueblo le pareció una venganza del olvido humillante en que le dejaba la corte. Este príncipe desafiaba en su interior al rey de Versalles, porque conocia que él era el rey de Paris.

Se habia casado con una princesa de una raza amada tambien del pueblo, hija del duque de Penthièvre. Hermosa, amable y virtuosa, llevó en dote á su marido, andando el tiempo, además de la inmensa fortuna de su padre, la clientela de consideracion, de favor público y de respeto general que habia en Francia por su casa. El primer acto político del duque de Orleans fué una resistencia osada á la voluntad de la corte en la época del destierro de los parlamentos. Desterrado él tambien á su castillo de Villers-Cotterets, acompañóle allí el interes que tenia el pueblo por él. Los aplausos de Francia le hicieron dulce la desgracia en que habia caido en la corte. Creyó comprender lo que era el papel de ciudadano en un país libre, y aspiró á él, olvidando con demasiada facilidad, en medio de la atmósfera de adulacion que le rodeaba, que no solamente se llega á ser gran ciudadano complaciendo al pueblo, sino que es necesario saber servirle, defenderle y muchas veces tambien resistirle.

Vuelto á Paris, quiso reunir el prestigio de la gloria de las armas á las coronas cívicas con que ya se decoraba su nombre. Solicitó entónces de la corte la dignidad de gran almirante de Francia, que le pertenecia desde la muerte de su suegro el duque de Penthièvre. Su peticion fué desechada. Entónces se embarcó como simple voluntario á bordo de la escuadra mandada por el conde de Orvilliers, y se encontró

en el combate naval de Ouessant, el 27 de Julio de 1778. Las consecuencias de aquel combate, en que la victoria quedó indecisa por una falsa maniobra, fueron imputadas á la debilidad del duque de Orleans, que, segun decian, habia impedido que se persiguiese al enemigo con toda la actividad que hubiera podido hacerse. Estos rumores deshonorosos, inventados y propagados por el odio que la corte le tenia, agriaron los resentimientos del jóven príncipe, pero no pudieron hacer dudar



Gustavo III, rey de Suecia.

de su valor. Las pruebas que dió de él le llevaron hasta poner en práctica ciertos caprichos indignos de su rango. Uno de éstos fué lanzarse en Saint-Cloud en el primer globo que ha llevado viajeros por el espacio. La calumnia no le abandonó en este viaje aerostático, y muy pronto esparció el rumor de que habia agujereado el globo con la punta de su espada para forzar á sus compañeros de viaje á bajar á tierra cuanto ántes. Entáblase entre la corte y él una lucha no interrumpida, audaz por una parte y denigrante por otra. El rey le trataba, sin embargo, con la indulgencia con que trata siempre la virtud las ligerezas de la juventud. El conde de Artois le escogia por compañero perpetuo de sus galanteos. La reina, que amaba al conde de Artois, temia que su cuñado se contagiase con un trato tan frecuente é íntimo con el duque de Orleans, que entónces no pensaba en otra cosa que en satisfacer sus pasiones amorosas, entregándose á la más torpe disolucion. María